

Fuga a la semilla

Noé Cárdenas

Con *El arte de la fuga*, publicado en 1996, Sergio Pitol nos brindó una especie de terraza privilegiada de su literatura desde la cual es posible echar una mirada a sus libros anteriores y descubrir una confluencia que les otorga nueva luz, como si todos estos libros encontraran un origen paradójicamente posterior a ellos. Esta obra, con la cual el autor entraría de lleno en un nuevo ciclo de su producción literaria, es un instrumento excelente que potencia el deleite de sus libros anteriores y, por ende, sería una recomendable puerta de acceso al universo de este escritor para aquellos que aún no lo han leído.

En *El arte de la fuga* se dan cita las obsesiones del autor, sus memorias, sueños, ideas estéticas, cabos sueltos que hallan su atadura en una prosa de recursos misceláneos, pues el arte de la fuga es también un arte musical, narrativo y ensayístico. El resultado es muy estimulante: el lector acompaña al autor en este viaje a la semilla siguiendo sus digresiones, los pasos aparentemente sin rumbo, las creativas apreciaciones ocasionadas por deficiencias auditivas y visuales, los itinerarios personalísimos por distintas ciudades del mundo al margen del turismo, las escapadas a través de los atajos de la lectura que le permiten al escritor internarse en zonas paralelas a las vividas, soñadas y hasta reveladas mediante la hipnosis.

Aún bajo el ánimo y el estilo de *El arte de la fuga* —libro clave de las letras en español y as que se debe soltar en materia de recomendaciones—, Sergio Pitol retoma el hilo de una de sus múltiples experiencias acumuladas durante sus años transcurridos en el extranjero, además de algunos sueños y recuerdos remotos, y de su pasión por las letras eslavas para componer *El viaje*, segundo título de la llamada “Trilogía de la memoria” que, más tarde, se completaría con *El mago de Viena*.

En *El viaje*, publicado en 2000, el escritor se sitúa tras bambalinas de su propia creación y ofrece no sólo el cómo y el porqué escribió algunos de sus cuentos y novelas, sino que también dota esos orígenes de un temple que los independizaría de las obras de ficción posteriores, pues la nueva visita sería como la presentación de novedosas caras del mismo poliedro en movimiento perpetuo. Así, por ejemplo, en *El viaje* el lector regresa a las situaciones más

extravagantes y gogolianas de la visión del mundo vaciada en la novela *Domar a la divina garza*, sólo que relatadas por un Pitol testimonial y memorioso. *El viaje* es también un libro sobre Rusia, sobre la “Madre Rusia”, aquella que no se amilanó pese al periodo que comenzó con la Revolución de Octubre y concluyó con la Glasnost y la Perestroika. Testigo de este nuevo despertar de aquel cúmulo de naciones, Pitol critica la renuencia de ciertos funcionarios a respirar los nuevos aires. Resultan muy divertidos los pasajes en los que Pitol hace escarnio de la necedad de algunos escritores obtusos aún anclados en el realismo socialista: relata cómo los provocaba comparándolos con los cineastas rusos, más creativos y abiertos ya desde entonces.

A través de semblanzas de Méyerhold y Mariana Tsvietáieva, este libro también contiene pasajes acerca del sufrimiento por la tortura del régimen totalitario y reflexiones acerca del precio de ser románticos. El cierre de *El viaje* es un recuerdo que devuelve al lector a los pasajes más entrañables de *El arte de la fuga* y muestra la originalidad de Pitol para administrar sus memorias: a modo de motivos emparejados con las razones de su poética.

En 2014 Sergio Pitol nos regaló *El mago de Viena*, cuya respiración, espíritu y forma lo emparentan con *El arte de la fuga* y *El viaje*, a tal grado que, juntos, conforman una trilogía en la que la memoria, el sueño y la revelación como materias primas hallan su cauce natural a través de una amalgama estilística entre ensayo y narración. El autor confesó en este libro que es notable cómo, al paso de los años, su “yo” incrementó su presencia en su escritura cada vez con mayor descaro, a tal grado que el diario que Pitol llevaba desde



hacia décadas vio mermadas sus entradas pues éstas pasaron directamente, transfiguradas en literatura compatible, a sus libros.

De los libros que componen esta trilogía, quizá sea *El mago de Viena* el que más acusadamente ofrece la “carpintería” —como la llamó él mismo— que conformaría la poética de Sergio Pitol y, por ende, revela con mayor detalle los elementos para conocer el árbol genealógico al que este autor pertenece. De este modo, el lector no sólo adquiere invaluable herramientas para descifrar las distintas capas de lectura que contiene la totalidad de su obra anterior, sino que también recibe la llave maestra para acceder a una biblioteca, a una cineteca y a una posible geografía en cuyo estudio podría entretenerse con creces la crítica académica y deleitarse el lector genuino que no busca explicaciones teóricas sino fascinación y asombro que contribuya a acercarse, con ensanchado criterio, al conocimiento de la naturaleza humana.

Quisiera detenerme en un asunto que se desprende de la lectura de *El mago de Viena* y que, por cierto, no era nuevo en la obra de Sergio Pitol: los libros y películas imaginarios, embrionarios o conjeturales. El “Mago de Viena” es un libro cuya sinopsis viene incluida en el libro de Sergio Pitol *El mago de Viena*, como antes “Juegos florales” había sido una novela que pretende escribir un personaje de la novela *Juegos florales* de Sergio Pitol; y también, como “El tañido de una flauta” es una película con cuerpo y forma de un cineasta japonés que aparece en la novela *El tañido de una flauta* de Sergio Pitol.

Acaso la novela más retadora para el lector de Pitol y por tanto la más estimulante para los que gusten de literatura cuyo tema es la literatura misma, *El tañido de una flauta* es una de las obras que más referencias tiene —explícitas o veladas— acerca del periodo polaco del autor. Éste maneja saltos de tiempo, cambios radicales en los personajes, que más bien están condenados a un despenadero compuesto de frustración ante el fracaso y un envilecimiento que pone en clave contemporánea, cuestionándolo, el famoso apotegma de Wilde: dadme una máscara y os diré la verdad. Pero lo más importantes es que, de modo soterrado, es el acto de creación —angelado, desventurado o envenenado— el que sustenta los motivos y el destino de los personajes.

Esta declarada inclinación por lo carnavalesco fue decantándose en la poética de Pitol. Así lo muestran los cuatro relatos de *Vals de Mefisto* —con fuertes referencias también a su vivencia polaca—, en los que desfilan presencias fantasmales, seres deformes, encarnaciones perturbadoras de la frustración, del odio, del rencor magnificados; personajes que sufren súbitas transformaciones inmersos en ámbitos propensos a rituales carnavalescos, como Venecia o Bujara.

Y luego viene la cauda de novelas “mexicanas” que conforman el *Tríptico del carnaval*. Si bien suceden en México, *El desfile del amor*, *Domar a la divina garza* y *La vida conyugal* cristalizan una de las preferencias literarias más acusadas de Sergio Pitol: su gusto por las

letras eslavas, en general, y por Gógol y Bajtín —y su teoría de la carnavalización de la literatura—, en particular. La alquimia memoriosa que Pitol practicó en *El mago de Viena* nos devuelve el “detrás de cámaras” de la concepción de este memorable proceso vivencial de su regreso a México: la transfiguración de la vida en literatura, como primer movimiento de la fuga; y la transfiguración de literatura en experiencia compatible, como culminación del arte de la fuga. ♪

